

travieso orgulloso como un conquistador. Y las mocitas del barrio ríen y guiñan zalameras el ojo a los héroes en agraz, y ellos ríen entre lágrimas cuando una peladilla del arroyo hiere sus frentes en una de esas tremolinas en que suelen terminar las tales «formaciones».

Al ver a las multitudes entusiasmadas por el brillo de las bayonetas; pienso en heroicidades, en grandezas, en paladines legendarios, en auroras de triunfo; pienso también en días de trabajo, en horas de estudio; oigo el chirriar de los engranajes, el rasguear de las plumas sobre el papel, veo el humo de las fábricas escaparse en volutas blancas, de las chimeneas, escucho el himno del trabajo, las notas guerreras se truecan en notas de paz, miro un cielo azul y sereno y sobre su terciopelo aparecer refulgente la estrella de la tarde.

Y en la noche, cuando los cohetes hienden el aire y las teas alumbran los puestos de comestibles, y los fuegos estallan, y las torres se iluminan, y la muchedumbre ríe y las bandas militares tocan aires del terruño, veo una claridad por oriente, tenue, sutil, vaporosa diáfana como un velo; el cielo moteado de estrellas, mirando, según la frase de Rodó, a las multitudes, en tanto que ellas no ven al cielo.

Septiembre de 1913.

